

—En tal caso me retiro.

—Y yo con vuestro permiso me recuesto. . . .

D^a Laura se acostó en su lecho, D^a Eujenia cerró los batientes de los balcones para disminuir la luz, y luego salió cerrando tras sí la puerta.

D^a Laura permaneció un rato inmóvil, y cuando creyó que su amiga iba lejos, se levantó precipitadamente y cerró la puerta por dentro.

XIII.

De como supo el príncipe D. Juan de Austria que le mandaba prender la reina, y lo que hizo.



COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuvuera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escogido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partía para Flándes.

Desde allí seguia dirijiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirigió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.

—En tal caso me retiro.

—Y yo con vuestro permiso me recuesto....

D^a Laura se acostó en su lecho, D^a Eujenia cerró los batientes de los balcones para disminuir la luz, y luego salió cerrando tras sí la puerta.

D^a Laura permaneció un rato inmóvil, y cuando creyó que su amiga iba lejos, se levantó precipitadamente y cerró la puerta por dentro.

COMICO DOMINICAL

De como supo el principe D. Juan de Austria que le mandaba prender la reina, y lo que hizo.



COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuvuera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escogido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partia para Flándes.

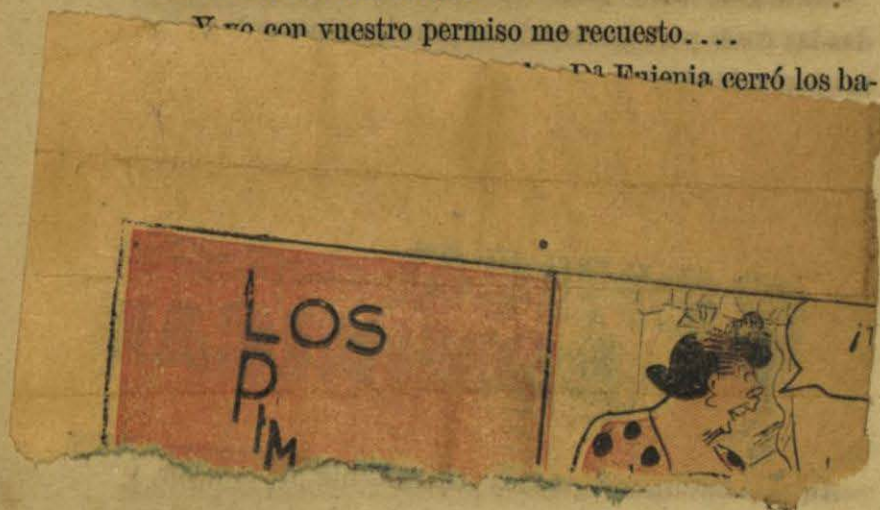
Desde allí seguia dirijiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirigió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.

—En tal caso me retiro.

Vino con vuestro permiso me recuesto....

Da Eufenia cerró los ba-



XIII.

De como supo el principe D. Juan de Austria que le mandaba prender la reina, y lo que hizo.



COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuquera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escogido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partia para Flándes.

Desde allí seguia dirigiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirigió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.

Dejó el caballo en la puerta, el cual de cansado no se movía, y sin sacudirse siquiera el hombre entró á la casa en el momento en que Patiño, el secretario del príncipe salía.

—Perdóneme vuestra merced—dijo el recién venido.

—¿Qué se ofrece?—contestó Patiño.

—No es extraño que vuestra merced no me conozca, que tal me ha puesto el camino, pero soy Carranza.

Aquel nombre debía ser muy familiar al secretario; porque inmediatamente cambió de aspecto, y se dirigió al recién venido con muestras de un vivo cariño.

—¡Carranza! en efecto no te había conocido, ¿qué traes por aquí?

—Señor, grandes novedades que debo comunicar á vuestra merced ahora mismo, pero que sea donde estemos solos.

—Sígueme—dijo Patiño, y volviendo á entrarse á la casa, condujo al hombre á un aposento que estaba enteramente solo.

—Dime—esclamó Patiño luego que cerró tras sí la puerta.

—Pues, señor, no se espante vuestra merced, pero al señor D. Bernardo le han preso.

—¿A mi hermano?—dijo poniéndose pálido el secretario.

—Sí, señor, y lo mas que hay, es que tan luego como se lo llevaron se presentó en la casa una dama y me dijo, “¿tú eres Carranza?” “sí,” le contesté. “Pues toma esta carta, monta el mejor caballo, y sin perder tiempo, hasta Consuegra, al príncipe.” Quise replicar, pero ella me dijo: “yo velaré por D. Bernardo, pero tu márchate, van á prender al príncipe.”

—¡Al príncipe!—esclamó con espanto Patiño.

—Eso me dijo, y aquí está la carta.

—¡Pero es posible!

—Puede serlo, y vea vuestra merced, que como á cosa de cuatro horas de camino, he dejado unos hombres, como ochenta, que Dios me lo perdone, pero vienen para acá, y les adivino mala intención.

—Entonces no hay que perder tiempo.

—A la media noche estarán aquí.

—Dame la carta.

El hombre que era una especie de soldado viejo, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, con grandes bigotes canos, y largas cejas grises, sacó una esquila y la entregó á Patiño.

El sobre decía:

“Para S. A. el príncipe.”

—Espérame—dijo Patiño y salió precipitadamente.

—Bueno—gruñó Carranza—pero yo me duermo, Dios sabe lo que será de mi caballo.

Se acomodó bien en un sitio, y casi en el instante comenzó á roncar.

El príncipe se paseaba solo en su estancia, con los brazos cruzados y meditabundo, cuando oyó que alguien abría la puerta.

Volvió el rostro y vió á su secretario.

—Ah! eres tú, Patiño?—dijo con negligencia.

—Señor, traigo una noticia gravísima.

—¿Ha partido ya de Madrid el padre Nitardo?

—Oh! no, señor, vea V. A.

El príncipe tomó la carta que le presentaba Patiño; se acercó á la luz, rompió el sobre y leyó en voz alta:

—“Señor:

“En este momento, de órden de S. M. aprehenden á D.

Bernardo de Patiño, y sale con órdenes para aprehender á V. A., el marqués de Salinas, con sesenta jinetes.

—Sálvese V. A.

—Es inútil pensar en la resistencia porque el caso se ha previsto por el padre Nitardo, y están tomadas las providencias.

B. LL. MM. de V. A.

LAURA.”

Cuando el príncipe acabó de leer, alzó el rostro y se quedó mirando á Patiño.

—Y bien, ¿qué dices?—le preguntó.

—Señor, que debe ponerse en salvo V. A.

—Creo que ese paso no se atreverán á darlo, y que esa dama se ha espantado mas de lo que debiera: no vendrán.

—Señor, vendrán se lo aseguro á V. A., están ya resueltos á todo.

—No lo creo; seria un escándalo.

—El hombre que ha traído esta carta es Carranza, el mas antiguo y mas leal de los servidores de nuestra casa.

—¿Y él que dice?

—Que mi hermano ha sido preso, y que en camino y muy cerca viene ya una partida de hombres á caballo que calcula que son los encargados de ejecutar las órdenes.

—Meditemos un poco—dijo el príncipe dejando sobre la mesa la carta que acababa de recibir, y volviendo á pasearse de arriba á abajo en el aposento.

Dió dos vueltas y se detuvo repentinamente, diciendo á Patiño.

—¿Todos nuestros papeles?

—Depositados están en parte segura.

—Entonces manda que ensillen inmediatamente nues-

tros caballos, que alisten diez hombres, y saldremos por la puerta falsa, pero todo con el mas profundo silencio.

—Voy al momento.

D. Juan de Austria se entró por un lado y Patiño salió por el otro.

Un cuarto de hora despues, el príncipe volvió á salir; se habia puesto una lijera cota, y se habia ceñido á la cintura su espada y su daga; llevaba una larga capa y un aneho sombrero que colocó sobre la mesa.

Pero al colocar allí el sombrero, el aire ajitado hizo volar la carta de D^a Laura que se habia quedado allí y que fué á parar debajo de uno de los sitiales

Poco despues entró Patiño, tambien en traje de camino, y dijo al príncipe.

—Todo está listo.

—Vamos—contestó D. Juan tomando su sombrero.

Y los dos por una escalerilla secreta bajaron hasta las caballerizas.

Diez hombres estaban allí inmóviles sobre sus caballos y perfectamente armados, y dos palafreneros tenian de la brida dos arrogantes coreeles.

Al presentarse D. Juan le acercaron uno de aquellos caballos, un palafrenero le tubo el estribo, y el príncipe montó.

Patiño hizo lo mismo.

Se abrió delante de ellos una puerta, y poco despues seguidos de los diez soldados y de cuatro escuderos, caminaron fuera de la villa.

—¿Adónde quiere V. A. dirigirse?—preguntó Patiño.

—A Barcelona—contestó el príncipe.

Entretanto Carranza seguia roncando muy á su sabor.

.....

Serian las doce de la noche, cuando se oyó en las silenciosas calles de Consuegra un gran tropel de hombres á caballo que se dirijian á la casa del príncipe.

El que hacia de jefe llamó.

—Quién va? preguntaron de adentro.

—Abrid, en nombre de S. M.

Los que llegaban temian que hubiera resistencia porque todos tenian las armas listas, pero contra lo que esperaban, las puertas se abrieron y aquellos hombres entraron rejistrando por todas partes.

Al amanecer volvia aquella tropa á ponerse en marcha sin haber encontrado mas que dos cosas notables en la casa.

A Carranza durmiendo en un sitial.

La carta de D^a Laura debajo de otro sitial.

A Carranza lo dejaron libre, porque nadie le conoció.

La carta fué llevada á la corte, como la disculpa del mal éxito de aquella empresa.

XIV.

En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos *con bien vengas mal si vienes solo.*

ASI en el mismo momento en el que marqués de Salinas volvia á dar cuenta de su desgraciada comision, llegaba á poder de D^a María Ana de Austria una carta del príncipe D. Juan, fechada aún en Consuegra, y que sin duda dejó escrita antes de su partida con encargo de remitirse á la corte.

D. Juan de Austria decia á la reina, que él habria partido para Flandes á no haber acaecido la muerte de D. José de Mallades, que la suplicaba que apartase de España al padre Nitardo, y que él estaba resuelto á no descansar hasta conseguirlo.

La reina al ver esta carta se indignó sobre manera, y dió rienda suelta á su cólera.

—Sebeis padre—dijo á su confesor—que es un verdadero cartel de desafio.

—Tal me parece, y he meditado por el bien de la monarquía y por la tranquilidad del ánimo de V. M. que debiera tomarse ya una medida extrema.

—¿Y cuál creéis que debe ser ella?

—Si V. M. me permite indicarla.

—Hablad.

—Señora, que V. M. me conceda retirarme.

—Retiraros, ¿y por qué?

—Señora, el reino está conturbado, V. M. tiene á cada dia mas sérios disgustos, yo vivo siempre bajo la asechanza del puñal ó del veneno, y la calumnia y la difamacion se ensañan contra mí; ¿cree V. M. que tal situacion puede por mas tiempo prolongarse?

—Esa es una tempestad que combatiremos, y pronto se disipará.

—Señora, permítame V. M. que le diga que esta tempestad es cada dia mas terrible y mas cercana, y que no tenemos ya medios para combatirla.

—Aun nos quedan muchos amigos.....

—Señora, que nos venderán en cuanto puedan, crealo V. M.

—Es decir que no confiais de nadie.

—De muy pocos, señora.

—¿Pero qué pruebas teneis de ello? ¿por qué os miro tan desalentado cuando ayer mismo estábais dispuesto á luchar?

—Señora, porque ayer no sabia lo que hoy he sabido.

—¿Qué cosa?

—Que mis enemigos cuentan con aliados en todas partes; en el clero, en la nobleza, en el pueblo, y lo que es mas, señora, en la cámara misma de V. M. y á su lado.

—¡Imposible!

—Desgraciadamente esto es cierto, y podré probárselo ahora mismo á V. M.

—¿Pues por qué tardais en hacerlo?

—Por temor de causar á V. M. un disgusto.

—Ah! ¿qué mayor disgusto puede haber que esta situacion? dadme esas pruebas; nada es capaz ya de aumentar ese disgusto que va acabando con mi vida.

—¿Y me concederá mi retiro S. M.?

—Veremos: dadme esas pruebas.

El padre Nitardo con mucha calma sacó un papel que entregó á la reina.

—He ahí, señora—la dijo—esplicada la causa porque ni la prision del príncipe ni ninguna otra determinacion ha podido dictarse sin que al punto no llegue á noticia de nuestros enemigos.

—¡Laura!—esclamó la reina acabando de leer la carta y estrujándola con violencia. ¡Laura! esto es infame esa mujer le escribia al príncipe noticiándole cuanto pasaba en palacio: ¿pero por qué? ¿por qué?

—Eso es muy fácil de esplicar. D^a Laura era la prometida de D. José de Mallades.

—En efecto, teneis razon, es preciso castigar esa deslealtad.

—Antes creo que V. M. deberia esperar, á fin de hacer otro descubrimiento.

—Cuál?

—Recuerde V. M. que solo en idioma aleman hablamos de estas materias delante de D^a Laura, ella no comprende ese idioma, aquí hay pues otra persona comprometida que traduce á Laura estas conversaciones.

—¿Será D^a Eugenia?

—Imposible, le respondo á V. M. de la discrecion de esa dama.

—¿En tal caso?....

—¿Está segura V. M. de que D^a Laura no comprende el alemán?

—Casi me haceis dudar con vuestra sospecha; ¿pero cómo averiguarlo?

—De seguro que ella nada dirá si se le pregunta, pero me ocurre un medio si V. M. consiente en él.

—Decid.

—Cuando ella esté aquí hablaré de manera que pueda V. M. conocer si ella comprende, aunque por esto me tomaré la licencia de referir á V. M. una noticia falsa; ¿me lo permitirá V. M.?

—Sí, que de esta manera se sabrá la verdad.

—Entonces dispondré la cosa de modo que la prueba sea completa, ¿y en caso de que la cosa sea tal como yo me la supongo, qué dispone V. M.?

—En ese caso hareis aprehender inmediatamente á D^a Laura; en estos dias debe partir una flota para la Nueva-España y esa dama la enviareis al virey para que sea recogida perpetuamente en uno de los conventos de relijiosas de México, si no para profesar si así le conviniere.

—Se hará como V. M. lo ordena.

Aquella tarde D^a Laura estaba en la cámara de S. M. cuando el padre Nitardo se presentó.

D^a Laura estaba triste, pero satisfecha del éxito que habia alcanzado tratando de impedir que D. Juan de Austria fuese preso.

—Señora—dijo en alemán el padre Nitardo á la reina—se han ejecutado ya las órdenes de V. M.

—¿Qué órdenes?—preguntó la reina olvidando lo convenido con el padre.

—Las órdenes respecto de D. José de Mallades.

—Ah!—dijo la reina recordando de lo que se trataba y mirando con disimulo á D^a Laura.

La jóven se habia estremecido.

—¿Y bien?—continuó la reina.

—Hele dicho á D. José—continuó el padre—que V. M. se apiada de él, que todo el reino le cree muerto en el garrote, y que si está dispuesto á partir para la Nueva-España y pasar de allí para Manila ocultando su nombre, V. M. está dispuesta á concederle esta gracia.

D^a Laura creia estar soñando, le parecia que se iba á volver loca y se habia puesto estraordinamente pálida, la reina y el padre la observaban.

—¿Y qué dijo Mallades?—preguntó la reina.

—Acepta lleno de reconocimiento, y esta noche misma debe salir.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana acompañado solo de dos hombres de confianza.

—Me parece bien.

—Pues voy, con permiso de V. M. á ordenar el viaje á la Nueva-España porque mis sospechas eran ciertas.

—Como está ordenado—contestó la reina haciendo una señal afirmativa con la cabeza.

El padre Nitardo salió de la cámara de S. M. y D^a Laura quedó llena de ilusiones y de felicidad.

—D. José de Mallades vivia—pensaba ella—su muerte no habia sido sino una ficcion inventada para hacerle desaparecer.

Vivia D. José de Mallades y D^a Laura tenia esperanzas ya de volverle á ver, le iban á desterrar lejos, muy lejos, á las Filipinas, pero ella le seguiria, tenia él que ocultar su

nombre, ella le ocultaría también, pasaría la vida á su lado consolándolo, animándolo y quién sabe, quizá algún día caería el valido ó cumpliría la edad el príncipe Carlos y entonces volverían á la corte: serían felices. . . .

En todo caso, cualquiera cosa era de preferirse á la muerte de D. José.

La pobre jóven sentía que la felicidad turbaba su pensamiento.

Si la reina y el padre confesor hubieran comprendido la sangrienta burla que hacían á la desgraciada jóven, quizá la hubieran perdonado.

Era aquel caso una especie de sueño de ventura; envuelto en la realidad debía ser espantoso.

Solo una cosa inquietaba á D^a Laura, cómo saber por dónde salía D. José? ¿cómo encontrarle? ¿cómo verle?

Fija en este pensamiento pasó el resto del día, en el que sin embargo, todos conocieron que alguna cosa muy favorable debía haberle ocurrido, porque estaba alegre como en mucho tiempo no la habían visto.

Llegó la noche, y por los alrededores de palacio, se vieron cruzar misteriosamente algunos hombres embozados, que se detenían con curiosidad, procurando reconocer á cuantos encontraban y sobre todo si eran mujeres.

Acababan de sonar las doce, cuando uno de esos hombres pasó al lado de una dama, que cubierta con un velo caminaba seguida de dos escuderos ó lacayos.

La dama se recató un poco, y el hombre pasó adelante; sin embargo, á cierta distancia se detuvo, y comenzó á seguir á la dama.

Otro hombre primero, y despues otros varios, hasta llegar á seis, se incorporaron á él y le hablaron en voz baja.

Entonces salió de una bocacalle otro mas, que preguntó:

—¿Ha pasado?

—Sí, señor—le contestaron—allí va adelante.

—Pues ejecutad lo dispuesto.

Los hombres comenzaron á caminar precipitadamente hasta alcanzar á la dama y á los lacayos, y los rodearon.

—Ténganse á la justicia—dijo uno—¿quién es la dama?

La dama no contestó.

El jefe sacó de debajo de la capa un farolillo que llevaba oculto y apartó violentamente el velo de la tapada.

—¿D^a Laura!—esclamó.

La dama no contestó tampoco, ni pudo conocer al que la hablaba porque tenía el rostro cubierto con un antifaz negro.

—Prendedla!—dijo el hombre.

Los lacayos huyeron sin que nadie pensara en ocuparse de ellos, y D^a Laura fué sujeta por aquellos hombres.

Cerca de allí estaba una carroza, los hombres hicieron entrar á D^a Laura, y la carroza bien custodiada, partió

XV.

De como al fin el padre Nitardo no pudo á pesar de su ciencia conjurar la tempestad que se formaba contra él por el rumbo de Barcelona.

AL era la agitacion que reinaba en la corte con motivo de los disturbios entre el confesor de la reina y el príncipe, que muy pocos advirtieron la desaparicion de D^a Laura.

D. Fernando de Valenzuela y D^a Eujenia, con quienes estaba íntimamente ligada la jóven, hicieron mil conjeturas, pero no se atrevieron á practicar averiguacion ninguna.

La reina habia dicho á D^a Eujenia hablando de D^a Laura:

—Ya está castigada su deslealtad.

El padre Nitardo habia dicho á Valenzuela:

—Pobre jóven, ella se buscó su ruina, así convenia á los intereses de S. M. y del reino.

Y nada mas, en la corte y sobre todo, en aquellos críticos momentos, la discrecion no solo era una virtud, era una necesidad: una imprudencia podia pagarse con la vida.

Los meses pasaban de esta manera, y la reina y su ministro no sabian qué partido tomar con el príncipe.

D. Juan de Austria seguia refugiado en Barcelona, y desde allí seguia escribiendo á la reina, urjiéndole para que desterrara al padre Nitardo.

Los ministros todos recibieron cartas del príncipe, comprometiéndolos á secundar sus designios para con D^a Maria Ana de Austria, pero esto, con tanto valor, con tanta vehemencia y con resolucion tan firme, que en la corte se comenzaron á tener sérios temores.

Los amigos del padre Nitardo, tímidos como son en jeneral los aduladores de los poderosos, creyeron era segura su caida y comenzaron á abandonarle.

Solo D. Fernando de Valenzuela redobló con él sus atenciones y sus respetos.

El padre Nitardo, triste y aflijido, no cesaba de suplicar á la reina le concediera su separacion.

—Señora—decia—es imposible por mas tiempo sostener esta situacion, V. M. comprende que todo el mundo me vuelve ya la espalda, el príncipe D. Juan está cada dia mas atrevido, y capaz será si no se media aquí con la prudencia, de osar algo contra la tranquilidad de los reinos; permítame V. M. que retirándome á mi colejio, pueda devolver la paz á la monarquía.

—¡Imposible!—contestó la reina—si por un acto de debilidad consintiese en separaros de mi lado, la osadía del príncipe y de sus partidarios no tendria entonces límites y querrian imponerme su voluntad como ley.

—Con que V. M. no les hiciera aprecio bastaria, que en tal caso, ellos mostraran su depravada intencion, y V. M. su grandeza.

—Todavía hay un medio que probar.

—No le veo, señora.

—Sí, el de la dulzura, yo escribiré al príncipe invitándolo á volver á Consuegra garantizándole su seguridad y creo que todo se allanará.

—Dios lo quiera, señora, pero me temo que V. M. confía demasiado en los buenos sentimientos del príncipe.

—Con intentar este medio, nada se pierde.

—Es verdad.

—Pues probemos, y si no surte el efecto que yo pienso, ya se verá en lo de adelante.

—Sea, pues, como V. M. lo quiere.

Al día siguiente partía un correo llevando al príncipe D. Juan de Austria una carta de la reina en que le invitaba á que volviese á Consuegra, y le garantizaba su libertad y seguridad.

El príncipe se encontraba en Barcelona, y allí estaba también el duque de Ossuna, y con él conferenció acerca del mensaje que acababa de recibir.

D. Juan de Austria opinaba por no acudir al llamado de la reina, pero el duque le hizo presente cuanto importaba aquel acto de desobediencia y lo comprometió á ponerse en camino, dándole para su seguridad tres compañías de jinetes que formaron entre todos trescientos hombres, y al frente de tan reducida tropa salió de Barcelona, si no en tren de guerra sí con esperanza de triunfar el que había sido jeneralísimo de los ejércitos de su padre el rey D. Felipe IV.

.....

El padre Nitardo se paseaba triste en su despacho, y D. Fernando de Valenzuela, de pié cerca de una de las mesas le escuchaba, contestándole á veces.

No brillaba ya en los ojos del confesor de la reina, la se-

guridad y la calma que en otros días; una sombra parecía haberse extendido sobre su semblante.

Las noticias que habían llegado del príncipe eran suficientes para alarmarle.

—Sabes—decía á Valenzuela—que el camino que hace el príncipe D. Juan es mas bien el de un triunfador que viene á recojer el premio de sus victorias que el de un vasallo perdonado por su rey.

—He oido decir, señor—contestó D. Fernando.

—Los pueblos le reciben por todas partes con areos y músicas, los nobles salen á su encuentro, las ciudades se engalanan; fiestas, saraos, cuanto puede halagarle y enorgullecerle, todo lo encuentra, y todo se le prepara como haciendo con esto un reproche á S. M. que le había desterrado.....

—Quizá eso no tenga mas consecuencias.

—Te engañas, sin eso el príncipe se hubiera contentado con retirarse á su antigua residencia, pero despues de esas fiestas el príncipe estará mas audaz y sus partidarios mas osados, las intrigas se multiplicarán y quién sabe si la reina misma no podrá resistir; hay en la corte un nuevo elemento que está cerca de S. M. y que yo no sé por qué cada día se hace mas poderoso....

—¿Y qué elemento es ese, señor?

—D^a Inés de Medina, esa nueva dama de la reina.

—Creia yo que había entrado á palacio bajo la protección de V. E.

—Así fué en efecto, pero otra era entonces, ó esa mujer ha variado de plan en su conducta: oye, Valenzuela, tu lealtad para conmigo es completa y por eso para tí no tengo secretos.

—¡Señor!

—Esa dama no podrá nada contra mí ostensiblemente, téngola ligada por un secreto terrible, que voy á confiarte en dos palabras, para que sea mas adelante una arma en tus manos, porque yo estoy seguro de que no puedo conjurar esa tormenta que me amenaza.

—¡Tal vez sí, señor!

—No lo creas; en política todo el mundo maldice al que está en el ocaso, y solo Dios puede salvarme, pero tú tienes aun delante un gran porvenir, y D^a Inés puede ser algun dia tu enemiga: oye lo que solo la reina, ella y yo sabemos hasta ahora: D^a Inés denunció á D. José de Mallades y á todos los partidarios de D. Juan; ella es la causa de la muerte de aquel hombre.

—¿Es posible, señor?

—Es la verdad, ahora guarda este secreto, porque en la corte es preciso para dominar, tener de cada uno un secreto que le haga ser sumiso cuando sea necesario; no olvides esta regla y serás poderoso cuanto puede serlo un hombre sobre la tierra.

—Es cierto, señor.

—Ahora, Valenzuela, voy á encargarte quizá el último servicio.

—Mándeme S. E.

—Conozco que esa tempestad no se disipa, pero necesito saber lo que tramán para la hora de mi caída mis enemigos; si tengo que descender, escoja yo al menos el modo y el dia.

—¿Pero qué quiere V. E. que yo haga?

—Yo creo que D^a Inés es la avanzada que tienen ya los partidarios de D. Juan dentro de palacio mismo, y al lado

de la reina: tú eres hábil, nadie sabe, ó al menos lo saben solo nuestros amigos, que tú eres mi partidario; todos te creen el amigo íntimo de D. José de Mallades, todos suponen que tú no te hiciste presentar á la corte, mas que por tu amor á D^a Eugenia, y que lo que has ambicionado en ese matrimonio es la proteccion de S. M.; pues bien, si tú procuras la intimidad con D^a Inés, ella se debe figurar que buscas en ella el apoyo para con los partidarios del príncipe; tendrá confianza de tí, te contará entre los *austríacos* y podrá ponerte al tanto de lo que ellos intentan; las mujeres en jeneral son poco discretas y creo que tú conseguirás lo que yo deseo.

—Obedeceré á V. E. pero.....

—¿Qué?

—Pérdoneme V. E. que le haga una confesion, que si bien es impropia del respeto que le debo, es necesaria en estos momentos para que V. E. vea si esto podrá hacer que fracasen mis esfuerzos.

—Dime.

—Señor, en un tiempo fuí el galán de D^a Inés de Medina; logré casi su correspondencia, pero la abandoné, señor, para casarme con la que ahora es mi esposa, y me temo que D^a Inés esté profundamente ofendida.

—No lo estará, te aseguro; conozco el corazón humano, el resentimiento de esa mujer, si te quiso, habrá sido muy pasajero, y si te amó será entonces solo el orgullo herido lo que la apartará de tí, pero deseará en el fondo de su alma que le concedas tu amistad; Valenzuela, cuida de no resucitar ese amor porque será tu perdicion en este mundo y en el otro, pero procura volver á la amistad de D^a Inés, que nos es necesaria en estos momentos en que los parti-

darios del príncipe no desconfían de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que desees; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecían ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imaginacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

ON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á D^a Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la ajitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crisis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á D^a Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.